

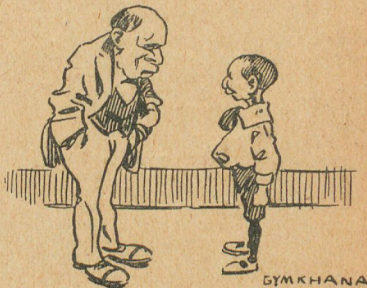
—¿De quién es ese retrato?
 —De mi hermano.
 —¿Ha muerto?
 —No lo sé. Lo único que me consta es que está enterrado. Pero no sé si ha muerto.
 —No comprendo...
 —El finad, y yo éramos gemelos. Un día nos mezclaron en el baño, cuando no teníamos más de dos semanas. Uno de nosotros os se ahogó. Pero no sabemos cuál. Unos creen que fué mi hermano y otros creen que fui yo.

—Tú siempre has sido un buen andarín.
 —¡Ya lo creo! Figúrate que un día me duve cuatro leguas para ir a dar una paliza a un enemigo mío...
 —¿Y te volviste también a pie?
 —No; en una camilla.



—En nuestro tiempo, hijo mío, es indispensable la honradez; pero también lo es la habilidad.
 —¿En qué consiste la honradez?
 —En cumplir todos los compromisos.
 —¿Y la habilidad?
 —En no contraer ninguno.

—Mozo, esta carne no se puede comer. Está cocida á medias.
 —Pues entonces, cómase la mitad.



—Si no me ama usted, señorita, me arrojaré esta noche por la ventana de mi cuarto.
 —¡Como si no supiera yo que vive usted en cuarto bajo!

—Papá, ¿qué es autosugestión?
 —No lo sé á punto fijo; pero supongo que será el deseo de tener un buen automóvil.